

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 5 Noviembre 1914.-Número 45.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La lámina de hoy

Monólogo de un salvaje sabio

«Oí elogiar tanto las ventajas de la civilización desde que nací, que poco á poco fué creciendo en mi espíritu el deseo de visitar Europa para admirarla, estudiarla y transportar luego á mis montañas aquellas reformas compatibles con su actual estado de barbarie.

Llego, y mi sorpresa no tiene límites al ver las asombrosas máquinas que los civilizados europeos han inventado para exterminarse, lo mismo en la tierra, que en las aguas, que en el espacio.

Y al contemplar campos arrasados, ciudades destruidas y cadáveres sembrados por todas partes.

Y al ver lágrimas en todos los ojos, y escuchar los hondos gemidos de angustia que salen de todos los pechos.

Y al mirar gentes arrodilladas ante su Dios, pidiéndole que las ayude á acabar con sus enemigos; ese Dios á quien allá nos pintaban como el de la Paz, el Amor y la Misericordia.

Al ver todo esto, y que hombres que debieran ser justos por ser sabios, aprueban y disculpan, cuando no los justifican, tamaños horrores, no quiero enterarme de más, y decido volver inmediatamente á mis bosques y á mis cabañas á crear una Universidad de Barbarie, donde los europeos que han destruido la de Lovaina puedan ir á aprender moral y humanitarismo; y donde pueda refugiarse algún día, para no verse

escarnecido con súplicas sangrientas, ese Dios que tengo ante mis ojos, y que murió en la cruz sin oponer resistencia á sus verdugos y perdonando á sus enemigos.»

Desde la cumbre

I.—LA LEY DEL RETORO

¿Oíste hablar, lector, del hombre y del oso de las cavernas?

Erase allí, en aquellos siglos en que no había papas ni emperadores: no había razas ni clases: el hombre se llamaba hombre, y su enemigo se llamaba oso.

El hombre aquel no había aprendido á construir casas; sólo sabía construir cavernas, ó aprovechaba las que el continente se había fabricado para sí mismo.

Fuera de la caverna, el oso que acechaba al hombre con su fuerza hercúlea.

Así pasaron siglos y siglos luchando. Así las manadas de osos se daban cita alrededor del dolmen, esperando que el hambre y la sed con sus aguijones sacaran de su escondrijo al hombre para destrozarlo.

Después, el hombre aprendió á fabricar casas que el oso no podía escalar.

Era feliz el hombre. Tenía luz y sol. Las fauces y garras de su enemigo quebrábanse al golpe del mazo que guardaba la puerta y la ventana. ¡Todo perdido!...

Más sabios que el oso de las cavernas, los alemanes han hecho inútiles las construcciones. Al anuncio de su llegada los hombres corren á buscar las cavernas, llorando el error de haber destruido aquellos templos de la civilización selvática. ¿Quién les diera á los pobladores de las espléndidas urbes modernas un recinto de cavernas como las de aquellos tiempos del oso!...

Este es el dilema que la civilización alemana presenta á la humanidad: ó esclavos, ó á las catacumbas.

Sólo cambiaron los nombres de los vecinos.

Pero, ni allí hay paz. El oso moderno sabe minar la caverna y sabe bajar al fondo del mar. Vuela más alto que el águila y nada más hondo que el tiburón. Y gasta cuerpo de hombre.

II.—LOS PRECEDENTES

Dirán lo que quieran los teutones:

pero los otros pueblos hemos aprendido una lección de su moral católica-evangélica-luterana-socialista.

«Es lícito el disparo de bombas sin más finalidad que el terror».

«Las leyes que lo prohíben no tienen más alcance que el de las zarpas de la policía y de los verdugos.»

«El temor á los verdugos y á la policía es el único freno de la mano criminal.»

«El criminal puede defenderse de la ley de dos modos: por la fuerza, si es más fuerte que los ejecutores de la ley: por la astucia, burlando su acción.»

«Si vence Alemania, dejando impunes sus bombas, quedará plenamente sancionado este derecho, que será origen sagrado de su nuevo poderío.

Pasará la guerra, pero no pasará al olvido esta lección de Derecho.

El triunfo de Alemania sólo puede ya lograrse á espensas de este triunfo de la fuerza—bruta-científica, que se llamará de las tres maneras: ciencia-kultur-brutal: brutalidad-científica-poderosa: poder de la brutalidad elevada á ciencia.

III.—CONSCIENCIA Ó ALUCINACIÓN

¡Alemania, Alemania!... ¿A dónde vas con tu empresa de devastación?

Si triunfas, al fin de la jornada ¿qué gesto será el del águila imperial sobre el campo de ruinas?... ¿A qué precio tuyo saldrá la victoria?

¿Cuántos alemanes quedarán con aptitud de celebrarla? ¿En cuál mesa podrá brindarse la copa de Champagne, sin tener á su lado el cáliz de sangre del padre, del hermano, del hijo ó de la de su propio cuerpo?

¿Será más la sangre vertida en el campo de batalla, ó el vino sorbido en los festines?

¿Qué fisonomía imprimirá la alegría del ojo salvador, en el rostro donde aparezca el hueco del ojo perdido? ¿Qué rigodón bailará con la pierna sana el que dejó la otra en la trinchera?

Y si sales vencida ¡Alemania, Alemania!... ¿dónde tienes la hipoteca que garantice el pago de la deuda que contraes con los destrozos que causas?

¿Piensas triunfar y pagar con carcajadas á la Humanidad, ó piensas perder y declararte insolvente?

Sabios alemanes: yo os pregunto

qué estimación tiene en vuestra ética el cinismo.

IV.—BÉLGICA LA VIOLADA

Lo he aprendido de los clericales españoles. Alemania violó á Bélgica porque suponía que la violaría Francia si ella no la violaba antes.

¿Lo suponía?...

Perfectamente. La suposición esta no estaba en Francia: la concibió y parió Alemania.

La suposición es á veces un acto de lógica; á veces un capricho. Siempre un acto íntimo inexcusable para el juez.

Alemania, con esto, se ha declarado facultada para violar todo lo violable. Bástale *suponer* que hay otro que intenta la violación.

Y para *suponerlo*, bástale un cálculo de sus políticos, ó un capricho de sus gobiernos. Todo es suponible en el mundo. Incluso que Alemania supone siempre lo que le conviene para violar á los demás en lo violable y hacerse ella inviolable en la propia violación.

Sub-poner una cosa quiere decir: poner debajo de lo que es una cosa que no es.

De este modo ha puesto Alemania debajo del respeto de Francia á Bélgica, la violación supuesta. Y sobre esta *supuesta* violación ha aplicado la violación efectiva.

Esto dijo la Gramática.

V.—¡A 50 KILÓMETROS...!

Dijo Santa Eulalia al Tirano romano:

—¡Puedes matar á un hombre, pero no puedes resucitar una hormiga!... ¡Maldito poder el tuyo!

Dirá la anciana madre alemana, junto al hogar, al retrato del hijo perdido:

—El poder alemán puede matar á 50 kilómetros un ejército... No puede resucitar un instante al hijo que parí entre agonías...

VI.—LOS CINCO ESPAÑOLES DE LIEJA

¿Fueron fusilados?

El Gobierno afirma que no: que están en Alemania. No muertos, sino vivos.

Ya sé: están catalépticos.

Viven, según dicen respetables entidades cuya lengua, si miente, debiera ser arrancada. Viven, pues, pero no dan señales de vida.

Viven... la catalepsia.

Vivos ó muertos ¿qué importa?

Por docenas fueron los españoles fusilados en Méjico, y nadie se ha enterado.

VII.—POR ALEMANIA... LA OTRA

Ha traído el 42.

Antes trajo el 606.

¿Cuántas víctimas destruirá el 42?

¿Cuántas víctimas salvará el 606?

No digamos en absoluto: ¡Viva Alemania!...

Las víctimas del 42 ahogarían nuestro grito en la garganta.

No gritemos ¡Muera!... Los resucitados del 606 nos llamarían homicidas.

¿Cuán grande fué Alemania con sus tubitos del 606!...

¿Cuánto achican esa grandeza sus obuses del 42!...

Y sin embargo... el 606 tiene más alcance en el bien, que su 42 en el mal.

VIII.—SERMÓN PERDIDO...

El Papa habló y dijo: ¡Paz!

La Paz estaba dormida.

Apareció la Guerra,

Y el Papa vió perdida su voz en el desierto. Como cualquiera de los mortales.

Los eunucos de la Capilla Sixtina están afligidos. Los clarines de la guerra han apagado sus gorgoritos. ¡Así pasa la gloria del mundo!

IX.—EL DINERO DE SAN PEDRO

¿En cuáles bancos tenía San Pedro el dinero? ¿Servirá á la causa alemana ó á la inglesa? ¿Qué quebrantos ó ganancias sacará de la guerra?...

¿Y el dinero de los jesuitas?

¿Y el de los frailes?

¿Y el de los soberanos?

Bienaventurados los pobres... que en la hora de la quiebra tienen menos que perder. Nada puede quitarles la soldadesca saqueadora, hurra y borracha; todo se lo habían quitado antes los honrados, elegantes y escrupulosos mantenedores del orden.

Y porque habían llorado ya antes, no tienen ya que llorar.

S. PEY ORDEIX

Los verdaderos héroes

En la mina «Asentadero» (Languedoc), ha ocurrido una espantosa catástrofe.

Poco antes de abandonar el trabajo, los mineros prendieron fuego, como de costumbre, á un barreno. Inflamóse al estallar una bolsa de gas grisú y sobrevino una explosión tan violenta, que varios trabajadores, que aguardaban ocultos el resultado del barreno, fueron lanzados á gran distancia y arrojados contra las paredes de las galerías.

El minero Antonio Zapico, viendo á su hijo Manuel rezagado, se lanzó heroicamente y lo sacó moribundo de entre las llamas, llevándolo en hombros á una vagoneta, que empujó hacia uno de los pozos de salida hasta que las fuerzas le abandonaron y cayó á tierra sin vida casi.

Cuando los compañeros acudie-

ron en su auxilio, el hijo había muerto y el padre agonizaba.

Resultaron además gravemente heridos José Alvarez, Fulgencio Gutiérrez, Máximo Argüelles, Manuel Rodríguez y Daniel García.

Manuel Zapico, el obrero muerto, tenía diecisiete años.

Me descubro y me arrodillo ante los cadáveres de esos héroes.

Morir en las luchas contra la Naturaleza, es mil veces más glorioso que caer matando en un país que arteramente se invadió para ponerle al servicio de la codicia.

El día que sepamos honrar á los que mueren para que otros vivan, acabará el culto á los que matan para vivir ellos.

Barbarie redentora

Firmado por la mayoría de los intelectuales alemanes, se ha publicado en la Prensa suiza un documento en que se dice:

«Que la causa del militarismo alemán es la de la cultura alemana, y que ésta no puede subsistir sin aquél.

Que el ejército es la ciencia, y la ciencia es la disciplina.

Que no hay un intelectual ni un artista en Alemania que no considere el militarismo como la forma suprema del progreso de las naciones.

Que el servicio obligatorio lleva á los cuarteles á todos los alemanes sin distinción de clases.

Que los cuarteles son escuelas donde se enseña á obedecer.

Que la obediencia es la base de toda sociedad bien organizada.

Que el ejército es la abnegación, el honor y la bravura.

Que la civilización contemporánea no puede salvarse si no triunfa el militarismo alemán, que es su apoyo, su concreción y su razón de ser.

Y que la derrota del militarismo alemán sería la vuelta á la barbarie.»

Deseos grandes tenía de que fuese barrido el militarismo alemán; pero después de leer lo anterior, esos deseos han aumentado prodigiosamente.

Volver á la barbarie, ¿qué esperanza tan hermosa, ¡qué felicidad tan grande!

Pues si civilización es violar tratados, invadir naciones neutrales, destruir edificios monumentales, incendiar bibliotecas, destruir objetos de arte, arrasar poblaciones indefensas, arrojar bombas sobre seres inermes, poner al saqueo el disfraz de contribución de guerra; si esto es civilización, cada hora que tardemos en volver á la barbarie retrasará en sesenta minutos el alivio de los males que el mundo sufre en estos instantes.

En la Barbarie no será posible arrasar poblaciones á veinte kilómetros de distancia.

Ni arrojar desde mil metros de altura bombas que asesinen mujeres y niños, é incendien edificios.

Ni colocar minas destructoras bajo tierra y bajo agua.

Ni (y esta será la ventaja mayor en el orden moral), habrá sabios que justifiquen ó aplaudan esos crímenes de esa Humanidad.

¡Oh Barbarie! ¡Llega cuanto antes y bien venida seas, para que nos veamos pronto libres de la civilización que entusiasma á los sabios alemanes!

LAS CORTES

Se abrieron el viernes.

Y al leer cuanto la Prensa ha publicado sobre las reuniones de mayorías y minorías, y sobre los propósitos de todos los partidos, ha venido á mi memoria esta composición poética, que forma parte del tomo *Menudencias anticlericales*. Y sintetiza tan bien en el verso final de cada décima lo que yo supongo que sucederá en ellas, en todo lo que se relacione con el interés patrio, que hoy por hoy me abstengo de hacer ningún comentario.

Igual que el año pasado

Es un viernes de pasión
y á la iglesia de San Juan
numerosas gentes van
para escuchar el sermón.
Un borracho santurrón
va también, y es empujado
al uno y al otro lado
por la enorme concurrencia,
mas él dice con paciencia:
¡igual que el año pasado!

Entra en el templo el beodo,
y quiere pronto llegar
al mismo pie del altar
para oírlo y verlo todo;
mas irrita de tal modo
al que está ya colocado,
que al momento es empujado
á la nave más oscura;
pero él, paciente, murmura:
¡igual que el año pasado!

Comienza el predicador
su sermón, según se advierte,
sobre la pasión y muerte
del divino redentor;
predica con tal fervor,
que el concurso emocionado
gime y llora desolado,
el beato curda se irrita,
y en tono más alto grita:
¡igual que el año pasado!

Llega su dicho á cansar
la paciencia á un vigilante,

y le amonesta; al instante
vuelve el borracho á gritar:
«¡Igual que el año!...» Acabar
no le deja el poli airado:
«Vente conmigo arrestado,
le dice con voz airada;
y el otro responde:—¡Nada!...
¡igual que el año pasado!

¡Clericales, regocijaos!

Carta que con fecha 15 de Octubre dirigió el prelado de Arras al arzobispo de Limoges:

«... He perdido ya algunos de mis sacerdotes, entre ellos el señor cura de Drocourt-Mines; M. Verquerre, un vicario de Saint-Amer; el abate Claret, joven presbítero ordenado en Julio último; un presbítero de Ayze-sur-la-Lys, el abate Waren-gem.

Mi catedral está inhabitable; la capilla de Nuestra Señora ha sido trasladada á Ardenst; la iglesia de San Juan Bautista está casi deshecha; en algunos pueblos están destruidas las iglesias; la del Santo Sacramento, tan bonita, tiene la cúpula agujereada. Nuestra Alcaldía ha sido destuida; más de doscientas casas han sido quemadas, calcinadas... ¡Es desconsolador! ¡Yo sigo en mi puesto, en medio de tantas ruinas!

Desde hace quince días no cesa el cañoneo, y el fuego de fusil tampoco; durante tres días hemos sufrido un bombardeo aterrador. Nada ha faltado. Los habitantes de Arras han vivido en los sótanos.

El inmueble del periódico el *Courrier du Pas-de-Calais* no existe ya; ha sido destruido. No hay más *Semana Religiosa* por el momento.

Los alemanes siguen ocupando Tilloy, Les Mofraignes, Monchy, Le-Reus, Vis-en-Artois.

Cambray, Valenciennes, Maubeuge, pertenecen al enemigo. Lille está bloqueado.

¡Viva Dios! ¡Viva Francia! ¡Viva Arras, que ha sufrido! Yo consuelo y conforto, y salgo todos los días para visitar á mis desdichados diocesanos.

¡De Lille, nada! ¡De Cambray, nada! Y así desde el 23 de Agosto.

El cañoneo es terrible mientras estoy escribiendo. No quedan cristales en ninguna parte; el bombardeo los ha roto todos. Dos vecinos míos tienen sus casas acibilladas por las granadas; nuestras pobres Clarisas, también; no tienen ya capilla.

Numerosos habitantes no tienen más fortuna que la que llevan sobre sus cuerpos. La calle de Saint-Gery no existe. Recibo muchos visitantes que se han quedado sin bienes ni hogar; sin embargo, se someten á la voluntad de Dios.

La campaña, en las cercanías de

Arras, está devastada. Algunos pueblos tienen sus iglesias hundidas, los presbiterios saqueados, los sacerdotes sin casa y las familias sin pan.

La Santa Virgen ha conservado intacto su santuario de los Ardents; los que la custodiaban están sanos y salvos. ¡Amamos doblemente á esta buena madre!

De Rocroy no tengo noticias; en Courcelles-le-Comte, los alemanes se han instalado en el campanario, y desde allí han ametrallado á los franceses.

¡Rogad por nosotros, y que Dios nos ayude á reedificar tantas ruinas!

PATRIOTISMO

Ascienden á muchos miles los «sportsman» ingleses que se han alistado como voluntarios para la guerra: entre ellos figuran 60.000 miembros de la Foot-ball Association, y numerosos boxeadores.

Con tal motivo, algunos periódicos españoles encarecen el patriotismo de los ingleses.

Reserven algunos aplausos por si aquí se rompe la neutralidad, y nuestros sportsman (los aficionados á toros) dicen ¡allá vamos! como ocurrió cuando la guerra de Cuba.

En ocho días se alistan lo menos 000.000.1.

La manía incurable de elogiar lo de fuera, nos hace injustos al juzgar lo de casa.

EL PROBLEMA ECONOMICO

Don Rafael Salillas

POR QUÉ SOMOS NEUTRALES

En los campos políticos de la extrema izquierda republicana destaca con relieve muy merecido por su prestigio científico D. Rafael Salillas. Destaca también en materias económicas por su perseverante é inteligente actuación en las últimas Cortes, con motivo de los debates sobre presupuestos. Merece, pues, ser conocida su opinión acerca de los problemas que, en orden á la economía nacional, plantea el conflicto europeo. El Sr. Salillas nos la ha expresado con el desembarazo que le permite la situación que ocupa en la política española.

A nuestra primera pregunta sobre la neutralidad nos ha contestado categóricamente:

— Por tener conciencia de que ya no vamos á ninguna parte, no queremos que nos empujen. La neutralidad es la resultante de sentirnos sin fuerza después de nuestra gran

caída. Si en vez de nuestra palabra reconstitución hubiéramos evolucionado al estado orgánico, convirtiéndonos en potencia efectiva, no seríamos, ciertamente, neutrales; la opinión sentiría de otro modo: tendría fe, tendría esperanza... Estando como estamos, y como lo acusa el sentimiento nacional, la neutralidad es en España el estado de conciencia del país, y para romper temerariamente esa neutralidad, habría que repetir lo que en la famosa sesión patriótica dijo el jefe de los republicanos: «Aunque la opinión sea contraria.»

La opinión—prosiguió,—ajustando sus cuentas en apreciaciones de economía nacional, sabe distinguir entre estos dos términos: estar preparados y tenerse que preparar. La opinión tiene la experiencia de las lamentables improvisaciones que nos condujeron al desastre. No se equivoca. Con dos referencias de la admirable obra de los capitanes de artillería Izquierdo y Cienfuegos, *El artillado de las bases navales*, queda hecho el ajuste. Primera, nuestro Ejército no está acondicionado para trasladarse á campos europeos. Segunda, preparar un ejército de doscientos mil hombres supone un primer gasto de cuatrocientos millones de pesetas.

LA LEGÍTIMA DESCONFIANZA

—Ese razonamiento me hace suponer que usted no ve en el sentir de la opinión pública lo que á algunos parece una manifestación de egoísmo.

—No: ese sentir de la opinión, tan decididamente al lado de la neutralidad, es, en el fondo, algo más influyente todavía que el egoísmo. De igual modo que jurídicamente se reconoce la legítima defensa, hay que reconocer en los hondos estados de la opinión la legítima desconfianza.

—De consiguiente, según usted, nos retraemos de la acción porque desconfiamos...

—Porque legítimamente la opinión desconfía de todos. ¿Qué se hizo de nuestras energías económicas aprontadas? A los gobernantes les pregunta la opinión: ¿qué hicisteis? á los fiscalizadores: ¿qué dejasteis hacer? Si ajusta las cuentas por partida doble, es que á todos los culpa, y, consecuentemente, que de todos desconfía; y si en estos momentos de tremenda, de obligada acción, nos manifestamos impotentes, es que, con suficientes medios disponibles, no supimos prepararnos. Liquidados nuestros presupuestos en afirmaciones categóricas, bien puede decirse que no sabemos hacer; que sabemos gastar únicamente, á todo trapo, fabricando deuda...

EL ESTADO LIMOSNERO

—En tales condiciones, lo que us-

ted estima situación de neutralidad forzosa nos es desfavorable por depresión de espíritu.

—Nuestra misma posición en apartamiento de la lucha y en la lejanía de la guerra nos daría tiempo suficiente para repararnos. Con las ventajas que para nosotros tiene y puede tener la neutralidad activa, el inconveniente para este despertar es la representación mendicante que tenemos estereotipada de un Estado dispensador de favores. Hasta ahora no se ha dado otra manifestación de iniciativa que la de acudir al Estado limosnero con la mano tendida, humilde ó altaneramente, que de todo hay muestra... Así, económicamente, estamos viviendo en mentira convencional, y lo prueba el lastimoso enlace de los presupuestos generales del Estado para 1911, para 1913 y el que se prepara para 1915. Aquél, para pasar grandes aumentos en todo, y en personal principalmente, una francachela económica, ideó el comodín de un presupuesto extraordinario, que no cuajó; pero los gastos del presupuesto general, al restablecerse las verdaderas cifras, ascendieron de 1.045 y pico de millones de pesetas, á 1.122 y pico de millones. El segundo, que no obstante el engañoso «alto en la marcha» ya ascendía á más de 1.146 millones de pesetas, utilizó el cubileteo del presupuesto de liquidación; y ahora, en el que aprobarán las Cortes, incorporando la liquidación insuficiente al presupuesto general, se va á marchas forzadas al presupuesto de 1.500 millones de pesetas. ¿Para qué? Para lo que está á la vista: para declararnos en estado de neutralidad forzosa, gastosos, impotentes y desacreditados en la gerencia nacional.

Y deducía el Sr. Salillas:

—El estado de opinión decididamente favorable á la neutralidad, deriva de la desconfianza; es decir, de condiciones y apreciaciones absolutamente negativas. Es, por lo tanto, un estado de pasividad, de resignación, de no querer nada, de no importarnos nada, suceda lo que suceda, venga lo que viniere.

NEUTRALIDAD ACTIVA

—¿Y la neutralidad activa, que comprende, no tan sólo los problemas económicos, sino los políticos que con ellos se enlazan, todos referentes á nuestra personalidad nacional en la enorme tragedia, cuya repercusión no puede menos de alcanzarnos en la exposición, en el nudo y en el desenlace?

—Para ser neutrales en neutralidad vigorosa necesitamos el mismo fortalecimiento anímico que las naciones combatientes para ir á la guerra: la unidad de sentimiento nacional, ser todos unos, ir en comuni-

dad de espíritu á nuestra obra. Con esta cooperación capearíamos el temporal ventajosamente y no estaríamos, como lo estaremos en otras condiciones, á merced de lo que se desate. Actualmente, la opinión, en el sentido de la neutralidad, es una fuerza que, incluso, puede ser temible. Transformar esa fuerza negativa en positiva, en fuerza de acción, llegando á lo vivo de la personalidad nacional para que resurja, significaría que en un momento venturoso sintiendo hondo y pensando alto, había palpitado el patriotismo en las únicas formas virtuales de abnegación y desinterés.

—Pero usted echa de menos esa virtud.

—¡No nos asiste, en efecto! Mas habremos de no apartar los ojos de la realidad, y la realidad se manifiesta en las primeras páginas de la reciente obra de D. Joaquín Sánchez de Toca *La crisis de nuestro parlamentarismo*, con avisos de buena observación, que basta apuntar los, sin pasar á mayores: «Sentimos resquebrajarse nuestra corteza social por las primeras manifestaciones eruptivas...»; «empiezan á manifestarse desasosiegos...» «Por todo ello—concluye el capítulo,—el momento histórico presente impresionado tanto como uno de los más críticos de la Era moderna para los destinos de nuestra patria.»

DARÍO PÉREZ

El Imparcial.

JESUITISMO PURO

El espionaje alemán

M. Arthur Meyer escribe en *Le Gaulois* lo siguiente:

«El espionaje á la manera como los alemanes lo practican constituye una traición abominable. Establecerse en un país durante la época de paz, adaptarse á sus costumbres, aprovecharse de su noble hospitalidad, gozar de una confianza que por todos los medios tratan de adquirir para alejar todo temor, observar todo acto, inquirir todo proyecto, explotar indignamente la propia simpatía, forjar en secreto el arma de combate, efectuar excavaciones en sitios apartados para instalar teléfonos, preparar en tal forma los subterráneos que puedan servir de trincheras, todo eso se trama día tras día contra la humanidad.

Pero hay más aún. Hay alemanes que voluntariamente se prestan á realizar labor tan odiosa. Jóvenes alemanes marchan todos los años al Extranjero con el fin de eludir el servicio de las armas. Muchos de ellos se dirigen á América, donde aprenden idiomas. Al regresar después á Europa se presentan en las

Embajadas ó Legaciones de su país solicitan el indulto á cambio de servicios que, merced á observaciones hechas durante sus viajes, y en calidad de espías, pueden prestar al Estado Mayor alemán.»

Leído el precedente relato, ocurre preguntar: ¿La Compañía de Jesús aprendió sus artes de espionaje de los alemanes, ó los alemanes las han aprendido de la Compañía? Porque se parecen como un huevo á otro huevo.

De este modo nos iremos explicando las simpatías germanas del jesuitismo. Germanismo y jesuitismo son iguales.

El lema de Ignacio «á sangre y á fuego» no se ha visto realizado tan perfectamente como ahora.

PROTESTAS

La Academia Francesa, en su sesión del 29 de Octubre, «protestó» energicamente de todas las afirmaciones con que Alemania imputa falsamente á Francia y sus aliados la responsabilidad de la guerra actual, y anatematizó á los violadores de la neutralidad belga, matadores de ancianos, mujeres y niños y destructores salvajes de los monumentos notables.»

Los intelectuales rusos de más nombradía han publicado un Manifiesto en contestación al suscrito por más de sesenta sabios y literatos alemanes.

Dicen en él que Rusia ha ido á la guerra, por ser madre de los pueblos eslavos y no poder consentir que Austria aplastase á Servia sin razón alguna.

Luego atacan violentamente al ejército alemán, calificándolo de hordas bárbaras, y protestan contra el bombardeo de la catedral de Reims y la destrucción de Lovaina.

El chorizo del Ayuntamiento

El otro día el Ayuntamiento de Zaragoza quiso obsequiar á los presos y vino á traernos un chorizo á cada uno. No hay hombre que al ver la cárcel, no se ponga serio. No hay hombre que al visitar esta casa no palidezca de remordimiento, no tiemble de emoción. Sin embargo, los concejales de Zaragoza entraron en la mansión del dolor sonrientes—aquí donde no llueve de otros cielos que de nuestros ojos—vestidos con trajes á los que apenas había habido tiempo de quitarles la etiqueta de la sastrería—aquí donde todos vamos medio desnudos—perfumados como se va á una soare ó á un bai'e de carnaval—aquí donde to-

dos olemos á ganado sucio, á estiércol amontonado.

Los concejales zaragozanos se sintieron el otro día generosos y dijeron: «Vamos á hacer felices á los presos.» Y para labrar nuestra felicidad nos regalaron un chorizo á cada uno. Hay gentes que, dando, se ciegan. Hay manirroto que, derrochando, pierden la razón. De éstos es el ayuntamiento de Zaragoza. ¿Que no? Vedlo. Ayer me contaban que hace poco se ha gastado cuarenta ó cincuenta mil duros en un evacuatorio. Por lo que se ve, los zaragozanos quieren mear á gusto. Tienen derecho á ello. En cambio, los presos, cuando hemos de evacuar, hemos de orinarnos en la pierna del vecino. Pero ¿quién piensa en semejantes desdichados?

Si el concejo cesaraugustuno se interesaba sinceramente por nuestra suerte, si se compadecía sinceramente de nosotros, si quería aliviar de verdad los males de la población penal, de esta pequeña ciudad doliente, podía haber empezado la construcción de una cárcel modelo, ó cuando menos, podía haber hecho reparaciones en este caserón ruinoso que habitamos, podía haber acondicionado mejor los distintos departamentos, podía haber prohibido que durmiéramos como los cerdos con las narices de unos metidos en el trasero de los otros, podía haber estudiado el medio de evitar este olor de cuadra que le da á uno en el segundo sentido en cuanto penetra en el vestíbulo, podía habernos facilitado una cama á cada uno para no vernos obligados á acostarnos en el suelo, podía haber instalado un baño y lavabos con agua corriente y water-closets, podía habernos aumentado por la noche la ración de luz, podía haber establecido una biblioteca, podía haber mejorado el rancho de cada día añadiendo unas piltrafas más de carne, y de este modo no despediría ese hedor tan característico, capaz de matar de un síncope á un buey, podía haber ensanchado los locutorios para darnos el gusto de comunicar más cómodamente con nuestras familias, porque á nosotros, aunque parezca mentira, no nos han parido las ranas; podía, en fin, haber hecho cualquier otra cosa útil á este tenor. Pero no. El Ayuntamiento cree que todas nuestras necesidades, que todas nuestras aspiraciones, que todos nuestros derechos no van más allá de un infecto chorizo de á real. Lo que importa es que los zaragozanos orinen con satisfacción, en un quiosco de cincuenta mil duros. Y á los presos que los mate una bomba, que los parta un rayo.

Por lo que á mí respecta especialmente, cuatro palabras más. El día que llegué á la Prisión me

metieron provisionalmente en la mejor celda de la casa. Ahora bien; esa celda es un cuartucho inmundo, lóbrego, destartado. Para descansar tuve que tumbarme en tierra. Los libros que traía conmigo, hube de dejarlos en un rincón. Si quise beber, hube de pedirle el botijo á un empleado. Luego, cuando la familia me trajo el café con leche para que me desayunara, me vi forzado á extender el servicio por el suelo. Más tarde, al ser trasladado á la celda de Políticos, encontré la celda sin cama, sin mesa, sin sillas, sin percha para colgar la ropa, sin aguamanil, sin toalla, sin nada. Me tiraron un petate para dormir, y me dijeron: «Arréglese usted». En esta casa lúgubre está de moda dormir sin colchón, sin sábanas, sin mantas, sin almohada. Y luego, el que tiene la costumbre de escribir, de estudiar, de trabajar toda la noche, como yo, le regalan para que se ayude una bombilla eléctrica que no hace más luz que una cerilla. Y á un hombre á quien se trata así, va el Ayuntamiento un día, y le ofrece el presente regio de un chorizo que parecía una deyección de perro. Yo no me lo comí, claro está. Tuve miedo de morir envenenado. Si llego á hacerle la autopsia á aquel embutido perverso, le encuentro en las entrañas de todo: gomas de bota, clavos de herrar, pelos de vieja, roeduras de uña, de todo, repito, menos tocino y sustancias nutritivas. Para el gato el chorizo aquel. Buen trato es lo que yo quiero que me den ustedes, señores concejales del Ayuntamiento de Zaragoza. Buen alojamiento es lo que yo necesito. El chorizo que á mí me hace falta, es el chorizo de la justicia, el chorizo de la libertad. El otro, el que me trajeron, podían ustedes habérselo puesto donde les picara.

ANGEL SAMBLANCAT

Zaragoza. Cárcel de Predicadores.

¡Buena estocada!

Los alemanes procuran por todos los medios tener propicios á los Estados Unidos y le ofrecen que nunca se meterán con ellos.

La prensa norteamericana no se fía de sus palabras y hace observaciones como estas de *The New York Times*:

«Aunque Alemania pudo escapar al asalto de los aliados, no por tanto se la condena el mundo. Creemos, además, que no es el momento en que el pueblo alemán se severamente á su Gobierno sus más grandes ir mostró tan incapaz en su rudo y tan brutal en sus espíritu guerrero, y tan indiferente á las distinciones dadero y lo falso, y que

le demuestra denota la diferencia que existe entre las gentes honradas y las demás.»

¡Los violadores de Bélgica ofreciendo respetar el derecho internacional!

Un cura ofreciendo ser casto y un ladrón respetando la propiedad, inspirarían más confianza.

Obispos guerreros

La guerra europea, como todo lo que dura mucho, comienza ya á causar la atención expectante de las naciones, sean ó no beligerantes. Hubiéramos preferido un golpe teatral bélico de esos de efecto, por *catastrófico* que éste hubiera sido. Los alemanes entrando en París en medio del derrumbamiento ó incendio de las tres cuartas partes de los edificios parisinos, obligando á Poincaré á servir un jarro de cerveza al generalísimo germano, ó la irrupción triunfal de los franceses en Berlín sobre lagos de sangre, trasformando el palacio imperial en café-concierto; estas cosas, repito, nos hubieran hechizado; pero pasar semanas y semanas oyendo siempre la misma canción del ala izquierda y del ala derecha, alas que no pierden nunca una pluma de importancia, la verdad, es tan soporífera la cosa, que casi nos atrae más un vulgar suceso gacetillero.

Una de las notas chillonas en esta epopeya interminable ha sido la presencia de tres obispos en las filas de los combatientes; yo lo puse siempre en duda, pues ya sé lo que rezan los cánones sobre este punto y cómo las gasta el Vaticano, pero se ha insistido sobre la especie, y hasta se han dado los nombres. Afortunadamente, como decía aquel famoso corresponsal, todos son obispos de *tercera*: un auxiliar y dos vicarios apostólicos, allá en tierras remotas. No tienen jurisdicción efectiva, ni palacio, ni coche, ni servidumbre; son la última expresión del rango episcopal, y en la guerra actúan de capellanes. ¡No faltaría más! Monseñor con su pectoral y anillo dando bayonetazos... ¡Qué horror!

La presencia de estos tres prelados (Ruch, coadjutor de Nancy; Berros, vicario apostólico de Siam; y el de Troire (Africa) en filas, es una nota consoladora, y que habla muy alto respecto á la cultura y grandeza de miras de las naciones que así proceden; pero no la hallamos equitativa del todo, porque en Francia y en otros países hay obispos jóvenes todavía á quienes se les ha dejado tranquilos, sin obligarles á empuñar el fusil. No lo hubiera tolerado el Vaticano, porque el obispo, después de un suculento yantar, bien repantigado en un butacón, rodeado de una corte de aduladores

serviles, y con un cigarro de dos palmos en la boca, hace más por el triunfo de las armas que con una bayoneta en la mano. Trata á Dios de tú; posee su confianza, lleva en el bolsillo las llaves del cielo y con un garabato trazado en el aire decide la suerte de una plaza sitiada. Y si no acordémonos de aquella bendición famosa que dió el Nuncio á nuestras tropas al ir contra los yanquis.

De todos modos la boca se nos hace agua pensando lo que pasaría en España si aquí se armara un cipizape, y se hiciera tabla rasa de todo privilegio, y tuvieran que ingresar en filas el obispo de Salamanca tan tímido, tan abobado y estético, el arzobispo de Sevilla con sus doscientos kilos de peso, y su colega el de Valladolid tan gran consumidor de coldcrean y de polvos de arroz. ¿Y qué diremos del obispo bélico por excelencia, el de Sión?... No, no quiera Dios ponernos en tan duros trances; vengan días y caigan nóminas; aspiren el vaho estimulante del pollo que se dora en el horno y saboreen la picante espuma del champagne, mientras un paje ef-bbo les lea *El Correo Español* con la última derrota de los aliados.

¡Pax nobis! ¡Pax nobis!

FRAY GERUNDIO

Mi fe se reanima

«El arzobispo de Zaragoza ha recibido la cantidad de 4.850 pesetas como donativo para la Obra de la Propagación de la Fe, y otra cantidad igual con destino al templo Expiatorio del Tibidabo, en Barcelona, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.»

Esto leo en varios periódicos.

Si la neutralidad se rompiera y los zepelines y los *taubes* alemanes vinieran por acá, pasaría yo un buen rato oyendo los aplausos que les dedicarían nuestros clericales cuando arrojasen bombas sobre esos edificios.

Mirada la cuestión desde el punto de vista puramente económico, no me parece muy oportuno el momento elegido para destinar ni una peseta á la construcción ó reparación de edificios religiosos.

A lo mejor viene un señor que se adjudica modestamente el título de brazo de Dios, y ¡pum! ¡pum!, edificio por tierra, haciendo de paso añicos cuanto hay dentro.

No quisiera que ocurriese; pero si ocurre, doy mi palabra de honor de conformarme con la voluntad divina.

Noto hace tiempo que mi perdida fe parece como que se reanima á la luz potente del incendio de catedrales.

¿Quién sabe si por ahí vendrá mi conversión?

Las vías del Señor son ocultas.

PARÍS Y LA GUERRA

Entre intelectuales

Una cosa es la guerra, y otra cosa muy distinta es la mentalidad que se deriva de la guerra. Personalmente, me importa menos que un bledo que tales armas sean más fuertes ó más habilidosas que tales otras, y que este ó aquel ejército haya podido más en una batalla. Allá ellos, los germanófilos y los francófilos. Lo que sí tiene importancia, á mi juicio, es la monstruosa venda que el facineroso Marte ha puesto en la pupila de Europa y la villanía que ha sacado del corazón de la vecindad.

Haría reír, si no fuera cosa de llorar, la trapatía que se ha armado entre los intelectuales alemanes y los intelectuales franceses. Por una parte, los Hæckel, Gerhardt, Hauptmann, Röntgen, Sudermann, Wagner, etc., y por otra parte, los Rolland, Masson, Barrés, Saint-Saëns, etcétera; los unos por la hegemonía alemana, y los otros por la civilización greco-latina; áquellos por el genio alemán, y éstos por el genio latino y eslavo; y todos á una negándose hasta el modo de andar y echando á rodar sus respectivas ciencias, filosofías, literaturas, artes, etcétera.

¡Intelectualidad imbécil! Que un puente ridículo, ó que un poste idiota pretenda dividir dos países, podrá pasar en Geografía; pero que un pueblo pretenda la exclusiva de un genio como Voltaire, Cervantes, Goethe, Shakespeare, etc., es una majadería del año de la Nanita.

¿Qué viento de vejez triste ha desatado esta guerra?

«Yo me he comprometido á no escribir más—declara, contrito, Anatole France.—No se es buen escritor cuando todo el mundo no lo comprende de un modo neto y claro. Por otra parte, yo me considero como soldado nada más, y si no se me hubiera permitido serlo en las actuales circunstancias, me hubiera muerto de pena.»

Hervé, tan recalcitrante en predicar la guerra á todo trance, ó *sin misericordia*, que declaraba ayer mismo que «se siente más cerca del clerical, del nacionalista y del monárquico francés más faribundo, con tal de que esté por la guerra á todo trance, que del socialista alemán más internacionalista», Hervé, digo, ha fustigado á los de la campaña contra la intelectualidad alemana; y de Saint-Saëns, en particular, dice:

do civiliza-
hará esperar
lo alemán juz-
erno, que se
eresca, que se
diplomacia, tan
exhibiciones de
testarudamente
nes entre lo ver-
el respeto que se

«El patriotismo de M. Camille Saint-Saëns no vale mucho, pero produce. Prueba de ello es este anuncio: «Parsifal será reemplazado en los teatros de Italia por obras de Saint Saëns»; y el órgano de Hervé lo comenta con estas palabras: «*Allons, la guerre ne ruinera pas tout le monde!*» Y un crítico dice al buen Masson, por haber pretendido que de hoy más será Suiza donde haya que ir á oír las obras de Wagner:

—Pero, ¡oh, inmortal!, ¿adónde deberemos ir para oír estas obras, cuya composición no puede ser más francesa: *Fausto*, de Gounod (leyenda alemana); *Mignon*, de A. Thomas (leyenda alemana); *Werther*, de Massenet (leyenda alemana), y otras que tal?

Cuando haya transcurrido el período violento de la guerra habrá que ocuparse en barrer esas y otras lástimas de la mentalidad europea en este momento penoso.

Registrando periódicos he encontrado una proclama, merecedora de traducirse á todos los idiomas, que el general Pelecier, comandante en jefe del duodécimo Cuerpo de ejército, ha dirigido recientemente á los habitantes de esta región:

«Desde el principio de la guerra el general comandante de la duodécima región está inundado por una ola de cartas anónimas, inspiradas casi siempre en rencores personales y por la más baja envidia. ¡Deplorable monumento de la cobardía y de la necedad humanas!

El general, que tiene múltiples ocupaciones, desea librarse de ese correo estorbador y sucio, y con tal deseo notifica:

1.º Que cualquiera que sea su tema, ninguna carta anónima será leída por completo ni tendrá consecuencia alguna.

2.º Que aunque tales porquerías no lleven firma al pie, el general conoce demasiado bien los nombres de los que las producen.

Se llaman *Jean Foutre*.

Hay, pues, buenos vecinos del mundo que aprovechan esta guerra para delatar, anónima y calumniosamente, á enemigos y envidiados suyos; y así se explica esta revelación de *La Guerre Sociale*:

«¿Puede decirse que entre los evacuados últimamente hay gran número de italianos, belgas y españoles que nada tienen de común con los alemanes? ¿Puede decirse que al evacuarlos hubo error por parte de la Administración, y que ésta va á repararlo en seguida?»

Sí; cuando termine la guerra habrá que poner en cura á la mentalidad que ha producido, porque es una vergüenza para la especie humana, con todo de ser tan asquerosa de suyo. — LUIS BONAFOUX

La semana de guerra

El incendio va tomando fomento, cada día con amenazas más pavorosas y sorprendentes. Alemania, con sus invenciones, ha traspasado los cálculos que las fantasías más atrevidas atribuyeron en sus tiempos al genio infernal. Ya se ha adoptado la frase: «Esta guerra es un infierno». Satanás vaga por la atmósfera con su silueta espantable.

Ya nadie cree imposible un ataque de Alemania á Inglaterra: ataque de submarinos, de acorazados y de aviones y zepelines, que darán al teatro de acción el aspecto apocalíptico, corregido y aumentado.

Turquía ha entrado en la contienda movida por la mano germánica.

El Kaiser aspira hace tiempo á ser considerado como el Mesías libertador del pueblo musulmán contra la Europa meridional y anglo-latina. El resurgir del Islam, hasta ayer amodorrado, se presenta como un hecho no sólo posible, sino inminente.

Por desgracia, el Islam ha recibido graves ultrajes de las naciones latinas. Si aplica á estos pueblos las represalias, días más pavorosos se avecinan.

La raza musulmánica, desencadenada, podrá planear la nueva invasión de Europa. Si la guerra se prolonga y la suerte es propicia á los germanos, no será de admirar que Muley Hafid y el Kaiser celebren su triunfo común en el palacio del Louvre, designando allí las fronteras de sus imperios.

Contra esta utopía, sólo hay dos obstáculos: la invasión rusa en Alemania y Austria, y la escuadra inglesa, hasta ayer reputada linabordable y hoy amenazada de grandes quebrantos. La irrupción rusa, ni es tan frívola como juzgaron los alemanes, ni tan eficaz como la presentaron sus amigos. Dios sobre todo, en este calendario.

Frente á las naciones en guerra, vemos al cuadro de naciones llamadas neutrales.

¿Qué hacen estas naciones?

El mundo espera que los Estados Unidos provoquen una liga circunstancial de todos los Estados, para sumar todas sus fuerzas internas y externas, y presentar la tarjeta de terciaría en el campo de batalla, con decisión firme de imponer la paz á outrance, y descargar el peso del odio mundial sobre el bando que se negase á someterse á la intimación, suprimiendo desde luego sus naciones del cuadro del mundo civilizado y juramentándose á no conceder asilo á ninguno de sus nacionales.

El Papa... Si el papado no hubiese

depredado su prestigio, esta era la hora de lanzar una encíclica al orbe fulminando el anatema contra el que se empeñase en proseguir el estrago, prohibiendo á sus vasallos servirle, eximiéndoles del juramento de fidelidad, declarando su reino *primi capientis*, y, en fin, reproduciendo aquellas bulas que los Papas supieron fabricar contra príncipes inocentes como Raimundo de Tolosa.

Ahora ¡ni esto! Ni para esto sirve ya el papado. Ni su bendición sirve de alivio á la católica Bélgica, ni la voz pacificadora del Papa es atendida en la devota corte de Austria, ni el Vaticano tiene arrestos para entrar en acción y empeñar hasta su propia vida para salvar á Europa.

Si fuera arrasado el Vaticano y dispersado el sacro colegio, la balanza política de Europa no sufriría la menor oscilación. Su influencia pontificia queda anulada. Su silencio y neutralidad actual, son la confesión de su propia muerte.

La guerra actual es la apoteosis final de la civilización católica y cristiana. Solo están en paz los Estados sin Nuncio y sin cristianismo oficial.

Los sucesores de las cruzadas y de Lepanto ahora solicitan de Buda y de Mahoma el socorro militar para vencer sus odios intestinos.

Cristianismo, catolicismo y protestantismo... Ahí están: en este Josafat sembrado de cadáveres y de ruinas.

¡Pobre Inglaterra!

Está irremisiblemente perdida.

Don Jaime, el rey de los carcas, ha declarado que jamás transigirá con ella ni la ayudará en nada, *por habernos usurpado el Estrecho*.

Cuando se enteren los ingleses se apresurarán á devolvernos el Estrecho, para que don Jaime se sirva volverlos á su gracia.

Si se lanzaron á la guerra, fué en la confianza de que él los ayudaría. Sin esto, no se hubiera atrevido.

Así, pues, cualquier sacrificio les parecerá pequeño para no exponerse á perder su ayuda.

Y véase por dónde España volverá á posesionarse del Estrecho, sin sacrificar un hombre ni una peseta.

Hay hombres providenciales que vienen al mundo con la misión de arrancar carcajadas á sus contemporáneos.

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO
para 1914

con sesenta caricaturas

Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



En la página primera se explica.

Advertencia

*Se prorroga hasta fin de
Noviembre la venta de libros
á mitad de precio.*

Contraprotesta de los profesores ingleses

AL MUNDO CIVILIZADO

Los profesores de Inglaterra han contestado al manifiesto de los alemanes en los términos siguientes:

«Con gran sentimiento vemos los nombres de muchos catedráticos y hombres de ciencia, á quienes hemos mirado siempre con respeto, y en algunos casos con amistad personal, al pie de una acusación contra la Gran Bretaña, tan sin fundamento, que casi no podemos creer que exprese su opinión espontánea ó razonada.

No dudamos por un momento de su sinceridad al expresar su horror por la guerra y su celo por alcanzar la mayor perfección de la cultura. Sin embargo, debemos hacer observar que escritores tan notables é influyentes como Nietzsche, von Treitschke, von Bülow y von Bernhardi tenían formado un concepto distinto de la guerra y del engrandecimiento nacional, que nolo basaban en la acción de las armas, y que contó siempre con el beneplácito de la Prensa y de la opinión pública alemanas.

Esto no ha ocurrido ni creemos posible que ocurra, en ninguna otra nación civilizada. Debemos hacer constar también que en los tiempos actuales el único ejército que ha destruido ó bombardeado deliberadamente monumentos de cultura humana, como son la Biblioteca de Lovaina y las Catedrales de Reims y de Malinas, ha sido el alemán.

Sin duda, es difícil para los seres humanos considerar con justicia las contiendas de su país; quizá aun más difícil para los alemanes, educados en un ambiente de devoción á su Kaiser y á su ejército, bien puesta de manifiesto en los momentos actuales, y que viven bajo un Gobierno que nosotros creemos no les consienta saber la verdad. Pero es deber de hombres doctos es estar seguros de sus actos.

El Libro Blanco alemán contiene únicamente algunas selecciones, reducidas y cuidadosamente hechas, de la correspondencia diplomática que precedió á esta guerra.

Nosotros nos aventuramos á esperar que nuestros colegas alemanes, más tarde ó más temprano, examinen, con el mejor deseo, toda la correspondencia, y formen un juicio independiente.

Entonces verán que desde el envío de la nota de Austria á Servia en adelante, la Gran Bretaña, á quien ellos acusan de promotora de esta guerra, trabajó sin cesar por la paz.

Sus proposiciones sucesivas fueron apoyadas por Francia, Rusia é Italia; pero no así, desgraciadamente, por la única potencia que pudo, con sólo una palabra pronunciada en Viena, haber conseguido fuese un hecho la paz. Alemania, en su propia defensa oficial, no simula que trabajara en favor de la paz, sino solamente por «localizar el conflicto».

Ella pidió que Austria quedara libre para «castigar» á Servia en la forma que estimara oportuno. A lo más, procuró que Austria no se anexionara ni una porción de territorio servio: medida fútil, puesto que la ejecución de la demanda de Austria hubiera hecho de toda Servia su súbdito.

La Gran Bretaña, como el resto de Europa, reconoció que, por muy justos que fueran los motivos de queja que Austria tuviese, los términos, sin precedente, en que estaba concebida su nota á Servia constituían un reto á Rusia y una provocación á la guerra.

El Emperador de Austria en su proclama, declaró que la guerra estaba próxima á sobrevenir. El Libro Blanco alemán dice en diferentes pasajes.

«Nosotros estábamos perfectamente enterados de que la posible actitud guerrera de Austria-Hungría contra Servia traería á Rusia al campo de batalla y, por lo tanto, nos envolvería á nosotros en la guerra... Nosotros no podíamos, sin embargo, aconsejar á nuestra aliada que adoptara una actitud de condescendencia incompatible con su dignidad».

El Gobierno alemán confiesa haber conocido de antemano la tendencia de la nota austriaca cuando estaba oculta á todas las demás potencias; haberla favorecido, después de ser emitida; que consideraba dicha nota como precursora de la guerra, y que cualquiera que fueran las manifestaciones que hubiese hecho á las otras potencias en privado, no aconsejó á Austria anular ni un solo punto de su demanda.

Esto es, á nuestro juicio tanto como confesar que Alemania, en unión de su infortunada aliada, ha provocado deliberadamente la guerra actual.

Un extremo admitimos lealmente: Alemania hubiese preferido, proba-

blemente, no luchar contra Inglaterra en este momento.

Habría querido mejor atemorizar y humillar á Rusia, hacer de Servia un Estado dependiente de Austria, dejar á Francia inofensiva y á Bélgica útil para ella, y entonces, una vez consolidada su superioridad preponderante, ajustar cuentas con la Gran Bretaña.

Su agravio contra nosotros es porque no la hemos dejado realizar estos planes.

Tan arraigado está en la Gran Bretaña el amor á la paz; ejercen tanta influencia sobre nosotros aquellos que trabajaron durante muchos años difíciles por despertar buenos sentimientos de relación entre este país y Alemania, que, á pesar de nuestros lazos de amistad con Francia, á pesar del peligro manifiesto que á nosotros mismos nos amenazaba, existió todavía hasta el último instante un firme deseo de conservar la neutralidad de Inglaterra, que no podía ser mantenida sin deshonor. Pero Alemania misma hizo esto imposible.

La Gran Bretaña, en unión de Francia, Rusia, Prusia y Austria, habían garantizado solemnemente la neutralidad de Bélgica. En la conservación de esta neutralidad están por igual comprometidos nuestros más profundos sentimientos y nuestros intereses más vitales. Su violación no solamente rompería la independencia de Bélgica, sino que minaría todas las bases que hacen posible la neutralidad de cualquier Estado y la existencia misma de aquellos que son más débiles que sus Estados fronterizos. Nosotros hemos procedido en 1914 como procedimos en 1870: pedimos á Francia y á Alemania la seguridad de que respetarían la neutralidad de Bélgica.

En 1870, ambas potencias nos aseguraron sus buenas intenciones, y las dos cumplieron su promesa. En 1914, Francia dió inmediatamente, el 31 de Julio, la seguridad requerida; Alemania rehusó contestar. Cuando, después de este siniestro silencio, Alemania procedió á romper ante nuestros ojos el Tratado que ella y nosotros habíamos firmado, confiando evidentemente en que Inglaterra sería, temerosa, su cómplice, entonces, hasta el inglés más amante de la paz no podía dudar.

Bélgica había apelado á la Gran Bretaña para que cumpliera su palabra. La palabra está cumplida.

Los catedráticos alemanes parecen pensar que Alemania cuenta en este asunto con grandes simpatías entre sus colegas de las Universidades de Inglaterra. Están completamente equivocados.

En toda nuestra vida no ha estado este país tan unido como ahora ante ninguna decisión política.

Nosotros sentimos real y profunda admiración por la sabiduría y la ciencia alemanas. Tenemos muchos lazos de unión con los profesores de Alemania; lazos de compañerismo, de respeto y de afecto. Y sentimos hondamente que, bajo la triste influencia de un sistema militar y de sus sueños desahogados de conquista, aquella nación, á quien antes venerábamos, aparezca ahora como enemigo común de Europa y de todos los pueblos que respetan el Derecho internacional. Nosotros debemos continuar la guerra de defensa, emprendida por la libertad y por la paz.»

Firman este documento, entre otros, los profesores que siguen:

Sir Clifford A'butt, catedrático de Física en Cambridge.—*T. V. Arnold*, catedrático de Latín de la Universidad del Oeste de Gales.—*Sir C. B. Ball*, profesor de Cirugía en Dublín.—*Sir Thomas Barlow*, presidente del Real Colegio de Médicos de Londres.—*Sir Thomas Brock*, miembro de honor de la Sociedad de Artistas franceses.—*F. B. Bury*, profesor de Historia moderna en Cambridge.—*Sir James Christon-Braune*, vicepresidente y tesorero de la Institución Real.—*F. W. Diron*, astrónomo Real.—*Sir Arthur Ivon*, profesor de arqueología prehistórica en Oxford.—*Sir Edwar Fry*, embajador extraordinario y primer ministro plenipotenciario en la Conferencia de La Haya en 1907.—*Henry Jackson*, catedrático de Griego en Cambridge.—*Sir James Donaldson*, vicescanciller y rector de la Universidad de San Andrés.—*F. B. Jevoux*, profesor de Filosofía en Dnrham.—*J. Jolly*, catedrático de Geología, Mineralogía en la Universidad de Dublín.—*Horace Lamb*, catedrático de Matemáticas de la Universidad de Manchester.—*Sir W. Oster*, profesor de Medicina en Oxford.—*Sir Isambard Owen*, vicescanciller de la Universidad de Bristol.—*Sir A. Qu'ler Couch*, profesor de Literatura inglesa del rey Eduardo VII, en Cambridge.—*Sir Walter Raleigh*, catedrático de Literatura inglesa en Oxford.—*J. Arthur Thomson*, profesor de Historia natural en Aberdeen.—*James Reid*, catedrático de Historia antigua en Cambridge.—*Sir T. J. Poynter*, presidente de la Real Academia de Artes.—*Sir M. A. Miers*, rector de la Universidad de Londres, y *A. F. Pollard*, catedrático de Historia inglesa en Londres.

A todo hay quien gane

En uno de los hospitales de Montpellier se hallaba un soldado francés, herido en la batalla del Aisne.

Los médicos convinieron en que había necesidad de proceder á una

transfusión de sangre, y se puso un anuncio en el hospital, por si alguien se ofrecía.

Inmediatamente se presentaron siete, siendo elegido un soldado del regimiento 81.º de Infantería de línea, apellidado Barthelemy, que se hallaba convaleciente de varias heridas.

Hízose la transfusión, y los dos soldados se encuentran ahora perfectamente.

Hace unos años se prestó un fraile, con la esperanza de ganar el cielo, á que le arrancasen un trozo de piel de un par de pulgadas para ponerle un remiendo á un enfermo, y se llevaron días y días los periódicos clericales diciendo que únicamente unreligioso podía haber hecho aquello.

Y hete aquí que siete soldados de una nación impía ofrecen ahora desinteresadamente su sangre á un compañero, que vertió la que tenía en defensa de su patria, sin poner su acción humanitaria á réditos de bienaventuranza eterna.

¡Pobres clericales! No les van á quedar otras especialidades que las repulsivas.

A los clericales

Los alemanes cogieron prisionero al párroco de Woevre, sometiéndolo á un minucioso interrogatorio para que les proporcionase informes relativos á la situación de las tropas francesas.

El sacerdote replicó con la dignidad que no hubiera podido emplear un jesuita por carecer de patria:

—Antes de hacer traición á mi patria, prefiero morir.

Y fué fusilado al poco rato.

¿Qué decís á esto, nauseabundos clericales españoles?

¿Es Dios quien mueve el brazo del Kaiser? ¿Sí, ó no?

Si lo es, explicadme ese fusilamiento.

Y si no lo es, califícadlo.

En el código de los justos (no aludido á vosotros) ese hecho se calificó siempre de asesinato.

¡Por favor!

Un renombrado literato, periodista de fuste y diputado liberal, don Manuel Bueno, dice textualmente en un artículo publicado en *Heraldo de Madrid*:

«España está pidiendo á gritos una revolución con un metro de sangre en las calles, para que aquí empiece la Justicia á hacer valedero su señorío, y esa revolución se retrasa.»

Acabado de leer ese párrafo me eché á temblar, como le pasará á todo revolucionario español.

Cuando creíamos haber desterrado de nuestro vocabulario las fatídicas palabras, revolución, sangre y justicia, nos encontramos con que las vuelve á poner en circulación un político monárquico, que además tiene talento.

¡Por favor, amigo Bueno, por favor! Diga usted que no ha querido decir lo que ha dicho, cual acostumbramos los republicanos cuando nos vemos cogidos.

Concedo á usted que sea necesario hacer lo que indica para que la Justicia empiece á ejercerse en España; pero esto no supone que debamos hacerlo los que alardeamos de revolucionarios.

Retifique usted esa afirmación tremenda, ó diga que la lanzó en broma. Y esto cuanto antes; no vayan á enterarse los republicanos que se sientan con usted en el Congreso y le dé un síncope á alguno.

Acostumbrados á emitir conceptos en que las palabras evolución y gubernamentalismo hacen el gasto, calcule usted el efecto que producirán en sus equilibrados cerebros las de revolución, sangre y justicia,

¡Y ahora, que han ofrecido, por octava ó novena vez, pedir la abolición de la ley de Jurisdicciones, por temor á que les alcance alguna de las salpicaduras de las condenas que hasta hoy sólo alcanzaron á los que son periodistas!

¡Por favor, amigo Bueno, por favor! ¡No me los asuste usted!

Los mandamientos de la guerra

Lord Curzon, virrey que fué de la India inglesa, ha formulado los siguientes doce mandamientos, principalmente para los profesores y alumnos de gran Colegio de Harrow.

I. No creáis que la guerra no os afecta individualmente, porque nos afecta á todos y cada uno de nosotros: hombres, mujeres y niños de de todo el país.

II. No mostréis demasiada alegría al anuncio de una victoria y no perdáis el ánimo después de una derrota.

III. No os dejéis enervar por las privaciones que os tengáis que imponer ó que sufran vuestras familias.

IV. No os asustéis por las largas relaciones de muertos y heridos que leáis en los periódicos, que suelen producir desaliento.

V. No creáis saber cómo debe hacerse la guerra, mientras que el ministro de la Guerra no lo sabe. Por consiguiente, no escribáis á los periódicos indicando á generales y almirantes lo que deberían hacer; pero si estáis convencidos de que vosotros lo haríais mejor, guardadlo para vosotros mismos, ó al calor

de la lumbre contadlo al menor número de personas posible.

VI. No os impacientéis porque la guerra vaya lentamente; por el momento no puede ser sino lenta.

VII. No déis fe á todo lo que leáis, especialmente cuando proceda de Berlín.

VIII.—No estiméis al enemigo por bajo de su valía.

IX. No os quebréis la cabeza en imaginar lo que le ocurrirá al Kaiser en este mundo y en el otro. Procuraremos deshacernos de él en este mundo, que ya se encargarán de su destino ulterior.

X. No comencéis á hacer la partición de Alemania antes de que la hayamos tomado.

XI. No escuchéis al que grite: «¡Deteneos!», antes de que hayamos alcanzado el fin por que combatimos.

XII. Cuando la guerra haya pasado, no olvidéis las lecciones de la guerra.»

Mina de dolor

El día 28 se celebró en Dunquerque (Bélgica) un tríduo muy solemne para impetrar del cielo que concediese la victoria á los ejércitos aliados. La concurrencia fué tan extraordinaria, que mucha gente quedó fuera del templo.

Como el gusano del cadáver, las religiones se nutren del dolor humano.

¡El dinero que recibirán hoy, (2 de Noviembre) los ministros de los diversos cultos de los países beligerantes! De las familias de los vivos, para que no mueran sus deudos; de las de los que murieron, para que gocen de vida eterna.

Si siempre fué para el clero día de gran recolección el de hoy, ¡cuánto no lo será este año, que millones de seres lloran la ausencia ó la muerte de los que amaron!

¡Oh dolor humano! Las lágrimas que haces derramar se transforman en oro para los sacerdotes de todos los cultos.

Verdades amargas

Me han preguntado el paradero de la justicia y de la verdad y me he quedado con los ojos abiertos de asombro y de estupor al oír esto.

¿La justicia? ¿La verdad?

Cuando la mentira se alza arrogante y serena, poseída de la audacia y del cinismo; cuando en los pliegos de los sumarios judiciales se tergiversan las declaraciones y las pruebas; cuando se sobornan jueces y jurados, y cuando se roban

firmas, ¿adivinaís y podriais señalar bien con el dedo, al que es honrado y al que es bandido?

Decidme, hombres austeros, dónde he de encontrar la verdad, dónde la justicia.

Amordazar al que apostrofa á la inmoralidad y á la prevaricación es muy corriente; la ley tiene sus cosas, y el juez que la ejecuta sin descifrar á veces nada, se permite decir que es «decoro de su profesión tener en la cárcel al que protesta».

Pero, jueces: oid esas protestas; oidlas atentamente y no las condenéis, porque sean duras y terribles. Debéis mirar si se fundan en la verdad, y cuando os hayáis convencido de que la verdad está con ellas, obrad y sed justos. Porque si sólo os es permitido obrar conforme el Código indica, romped vuestras togas, pues pocas veces fallaréis con rectitud.

Por sobre el Código redactado por delincuentes en el sentido moral y tal vez en el jurídico, está vuestra conciencia, vuestra honradez, vuestra imparcialidad.

Las leyes son imperfectas y fáciles de desviar en contra de la verdad y de la justicia. El juez rara vez deja de estar poseído de pasiones que le hacen ver las cosas completamente desfiguradas.

Imposible condenar y castigar á un juez que ha fallado mal una causa. ¿Cómo probar que obró mal conscientemente?

Por eso yo no busco la verdad ni la justicia en los centros de Derecho. Infamias mil he visto que manifiestan la mala fe de las almas y no he podido indignarme públicamente ni he podido acusar á los criminales, porque yo hubiera sido el condenado.

Solamente guardo en mi corazón un profundo odio salvaje, que el día que descargue con cólera brutal y sangrienta, aplastará á los que en nombre de la justicia cometieron crímenes inicuos.

Entonces realizaré un acto de justicia pía, pero ante los jueces será considerado mi hecho como un crimen horribilísimo.

SALVADOR GOÑI

Causa y efecto

Dicen de Valladolid, que una mujer apodada *la Cangrejera*, perdió hace tres años á una hermana en un accidente ferroviario.

Días pasados manifestó á las vecinas que se le había aparecido la muerta, ordenándole que se comprara un hábito del Carmen y con él vestida y con unas velas fuese á la ermita del Carmen, donde volvería á aparecersele y le pediría sufragios para su alma.

Más de un millar de personas acompañó á *la Cangrejera* hasta la ermita; al llegar mojése los dedos en agua bendita y exclamó:—¡Aquí está mi hermana muerta!

Todos los presentes echaron á correr atemorizados, á pesar de que no vieron á nadie.

Tan estúpida es *la Cangrejera* como los *congrios* que la acompañaron, como cuantos creen en algo relacionado con otra vida. Y mientras haya gentes de esas, desengañémonos, habrá curas.

Afirmación que no resulta muy halagüeña para los que soñamos con preparar un porvenir regularcillo á los que nos sucedan.

Si la imbecilidad es causa, y el cura efecto, perdamos ¡ay! toda esperanza en una sociedad más perfecta. La raza de los imbéciles es inextinguible, por ser escandalosamente prolífica.

La ruina de Europa

«Cuatro Estados europeos serán los únicos que lograrán salvarse de la ruina: en el Norte, Suecia y Noruega; en el Sur, España y Portugal. Los demás, aun no siendo beligerantes, tienen que movilizar sus tropas y comienzan ya á notar las consecuencias materiales del conflicto.»

Esto lo dice un eminente economista francés, M. Paoul Louis. Y luego, calculando lo que ha de pasar si la guerra dura más de seis meses, asegura que jamás se habrá visto en ninguna época de la Historia una miseria mayor en Europa.

Son terribles las cifras actuales. Los 87.000.000 de francos que forman el presupuesto de entradas diarias de las seis grandes potencias europeas en tiempos ordinarios, no bastarían ahora ni para pagar la tercera parte de lo que los ejércitos cuestan cada veinticuatro horas. Según la estadística del coronel Henke, un año de guerra costaría:

A Alemania, 14.000.000.000.

A Francia, 14.000.000.000.

A Rusia, 19.000.000.000.

A Austria, 9.000.000.000.

Lo que forma un tal de 56.000 millones de francos, sin contar á Inglaterra.

Ahora bien; por más sacrificios que los beligerantes quieran hacer, resulta imposible que logren reunir todo ese dinero. Los más ricos Estados, como Francia é Inglaterra, disponen de reservas de oro y plata que pueden, en tiempos ordinarios, llegar á cinco ó seis mil millones. Pero eso no durará sino cuatro meses, aproximadamente. En seguida será necesario comenzar á buscar nuevos recursos.

¿Cómo harán estos grandes paí-

ses—pregunta Paoul Louis—, cuando en tiempos normales se ven en graves dificultades para encontrar unos centenares de millones? No hay que olvidar, por otra parte, que cuando calculamos que los productos ordinarios son de 87 millones diarios para las seis grandes potencias juntas, nos referimos á las épocas ordinarias. Ahora los productos de las contribuciones han disminuído ya en proporciones considerables, y cada día disminuirán más. En cuanto á los empréstitos, interiores ó exteriores, de poco socorro serán. ¿Quién va á prestar, puesto que los países que, en general, son los que tienen que pedir prestado? De Octubre de 1870, á Febrero de 1871, la Delegación francesa no pudo conseguir sino 874.000.000. Para un lapso de tiempo igual, Francia necesita ahora 4.500.000.000, por lo menos.»

Pero la penuria de oro no es la única que debemos temer. En Londres y en París se estima que Alemania, bloqueada, no podrá encontrar lo necesario á su subsistencia durante seis meses. La verdad es que si Alemania se encuentra realmente en peores condiciones que Inglaterra ó Francia, tampoco estas dos naciones se hallan al abrigo de todo peligro. En tiempos ordinarios, Rusia y Hungría exportan grandes cantidades de trigo, que son indispensables para la alimentación europea. Ahora no hay que contar con eso. Tampoco hay que contar con las próximas cosechas de un modo normal.

«Bien sabemos—dice M. Paoul Louis—que los Estados Unidos y la Argentina se esforzarán en enviar cereales y carnes en enormes cantidades; pero por mucho que manden, no lograrán, si la guerra se alarga, impedir que la miseria haga horribles estragos en toda Europa.»

¿Y la industria, que constituye la principal riqueza de estos pueblos? Un año de paro obligado por la movilización no significa únicamente la pérdida de lo que no se gana en ese tiempo, sino también, en gran parte, la ruina de las fábricas mismas.

«Las maquinarias complicadas—dice Paul Louis—se dislocan y se enmohecen al cabo de pocos meses de descuido.»

En Alemania, donde hay carbón, no existen ya materias primas. En Francia, la crisis del carbón no tardará en hacerse sentir. En ambos países, en fin, los obreros están en la guerra.

He aquí, para terminar, el cuadro «d'ensemble» que el ilustre economista francés nos traza de la Europa de mañana:

«Como el pago de los cupones de rentas es problemático, por la necesidad de emplear todo el dinero

disponible en las necesidades de la guerra, los títulos de renta serán vendidos por paquetes, á bajo precio. Los billetes de Banco no conservarán tampoco su valor, y sólo el oro será mañana lo que es hoy. Para tener oro, se darán papeles en grandes cantidades. Las acciones industriales perderán dos terceras partes de su valor. La ruina del capitalismo se complicará de una rarefacción enorme del crédito fatal al comercio pequeño y á la pequeña industria. En suma, vencedores y vencidos están condenados á la misma horrible ruina.»

E. GÓMEZ CARRILLO

París

Industria salvada

Hace años (debió ser allá por el 95 ó el 96 del siglo pasado), trajo la Prensa una noticia, que aproveché para escribir un artículo titulado *La filantropía*, incluido después en el tomo VERDADES AL PUEBLO. (Juan Lanas). La noticia era esta:

«El gobernador del Estado de Massachussetts, mister Builer, mandó instruir sumaria sobre ciertos hechos ocurridos en una casa de refugio para los pobres, que lleva el nombre de *Asilo de Teroksborg*, y de él ha resultado lo que nadie esperaba, el descubrimiento de novedades muy extrañas.

Interrogados algunos testigos sobre ciertos abusos que se cometían en el establecimiento, ha resultado que los cadáveres de los infelices que en él fallecían, eran desollados y vendidas sus pieles á un fabricante de cueros que las preparaba y adobaba, empleándolas después en fabricar sillas de montar y toda suerte de objetos de piel de lujo.

Instantáneamente hizo reconocer la fábrica denunciada, y se encontró gran cantidad de pieles humanas que secuestró, proponiéndose darles cristiana sepultura; pero el fabricante no entiende así las cosas y ha demandado al gobernador para que le restituyan unas pieles que dice ser de su exclusiva propiedad.»

Recordando aquel hecho, y sabiendo que los alemanes están al tanto de todos los adelantos industriales, que unas veces imitan y otras perfeccionan, calcúlese la extrañeza que me habrá producido leer ahora en la Prensa esta noticia:

«La industria de los cueros está amenazada de paro forzoso en Alemania por falta de primeras materias para la preparación de este artículo, que ha aumentado en sus precios un 300 por 100.»

No pudiendo suponer que los industriales alemanes ignoren el partido que puede sacarse del cuero

del hombre, me inclino á pensar que han echado á volar esa noticia con el propósito de preparar al comercio mundial una sorpresa parecida á la que han producido al mundo militar con el Obús del 42.

Mas por si yo me engañara, y efectivamente lo ignorasen, me apresuro á recordarles aquel hecho para que no se preocupen por la falta de cueros. Con desollar y adobar á todo compatriota que muera, crisis salvada é industria floreciente. Por desgracia para Europa, no existe en estos instantes industria cuya primera materia abunde más.

El fracaso de las religiones

«¿Qué verdad es que los extremos se tocan!»—Un evangelista ó cristiano de la Reforma.

No es necesario un gran esfuerzo intelectual para reconocer que las religiones positivas han dado numerosas pruebas de inutilidad, ineficacia, incompetencia; en una palabra, falta de poder para afianzar la Paz en los pueblos.

Guerras entre israelitas y filisteos; guerras entre el Asia Menor y Grecia; guerras entre cartagineses y romanos; guerras entre los mismos romanos; y guerras, guerras y continuamente guerras, durante la Edad antigua de unas naciones contra otras.

¡Y qué guerras! ¡Y qué encarnizadas! ¡Y cuánta destrucción! ¡Y qué modo de saquear, incendiar, asolar naciones, degollar muchedumbres, esclavizar prisioneros en aquellos tiempos de religiones paganas, sin que pudieran servir de freno, de muro de contención, para tanta sed de matanza!

Nació el Cristianismo proveyendo de mártires sin cuento al culto de Júpiter; más no pasan cuatro siglos sin comenzar la discordia entre los mismos cristianos por diversidad de principios, originándose, por espacio de doce ó catorce siglos con pocas interrupciones; guerras mutuas; algunas tan duras como las anteriores.

Con la cimitarra, esto es, con la guerra también, conquistó la religión mahometana pueblos y naciones para imponerles el Korán.

Y no solo guerreó la sociedad entre naciones de contraria religión. Lo raro es que peleaban, y con saña despiadada, entre partidarios del mismo culto. La decadencia del poderío musulmán tuvo por causa las luchas internas; y el Cristianismo, apenas victorioso en Roma, tuvo sus discordias, empezando con Prisciliano y Arrio, continuando con Arnaldo de Brescia, Valdo, Juan Hus, hasta la Reforma protestante; catálogo de guerras intestinas, que asombra por los miles de millares de hombres caídos en batalla.

Y vedlo hoy. Contando con el Progreso de los tiempos en industria, arte, ciencia, agricultura, comercio, literatura, que todo al unísono colabora al desenvolvimiento particular de las respectivas naciones, al mismo tiempo que á la riqueza común y al afianzamiento de la armonía social, aún con todo, he ahí la actual catástrofe europea.

A principios del siglo pasado hubo una hecatombe marítima entre tres naciones cristianas; dos católicas y una protestante.

En 1914, presenciábamos otra más horrenda, más prolongada, de más importancia y más rara.

Naciones una protestante y otra católica, solidarias una de otra si no aliadas, contra naciones una protestante, dos católicas, una cismática y otra laica.

Una nación católica, Austria, le declara ahora la guerra á otra nación católica también, Servia. En extensión la primera es un gigante, la segunda un enano.

Oírese la actual guerra europea, otra novedad muy digna de tenerse en cuenta.

Alemania, la nación protestante por excelencia, la cuna de la Reforma evangelista, no sigue aquello de poner la mejilla izquierda si le abofetean la derecha sino todo lo contrario; es la que declara la guerra á Francia.

Francia, que desde sus orientaciones hacia el Librepensamiento cifraba en el Trabajo y en la Paz su prosperidad, ha ido á la guerra retada por Alemania.

Bélgica, aunque nación católica oficialmente, ilustrada y conscientemente por la propaganda librepensadora ya que allí radica el Secretariado general del Librepensamiento Internacional, en la Paz y en el Trabajo confiaba igualmente para ser próspera, cuando invadida en son de guerra por Alemania, tuvo que defenderse.

Y he ahí que Francia, laica de pocos años acá pero con reminiscencias católicas, y varias naciones más, en guerra es pantomima, en combate horrible, destruyéndose, aniquilándose unas á otras, empleando la fuerza intelectual del hombre en proveerse de elementos formidables para el exterminio; y todos, invocando el mismo Dios, adoradores del mismo Redentor del género humano, y creyentes en los mismos Apóstoles que esparcieron por el mundo la misma doctrina.

He ahí la ninguna influencia de las religiones para mantener la Paz; ni las religiones antiguas ni las modernas, supieron ni pudieron evitar las guerras; en cambio han suscitado otras, en que los poderes temporales no pensaban.

Ante tan evidente y claro fracaso, perseveramos en los principios del Librepensamiento, que fundados en lo que la Razón presenta como mejor, encuentra formulas racionales para que no se produzcan más esas desdichas sociales que aniquilan los pueblos. Si lo que todas las naciones tienen de religiosas tuvieran de librepensadoras, no habríase originado esta confusión europea, que tantos desastres lleva en su curso.

Alboradas

Zaragoza.

UNA PREGUNTA

«El 1.º del próximo Noviembre se celebrará en la capilla del Real Palacio la función anual para dar gracias al Señor por haber librado á España del horroroso temblor de tierra que el 1.º de Noviembre de 1755 se sintió en Portugal, y muy especialmente en Lisboa.»

Al leer esto en *La Correspondencia de España* del jueves último, pensé todas estas cosas:

Que nadie podrá calificar á los españoles de desagradecidos. Llevamos ciento sesenta años dando las gracias por un beneficio que alcan-

zó á todas las naciones del globo, menos á Portugal.

Que sería curioso averiguar cuanto han cobrado por este concepto los curas en siglo y medio.

Y que si fuésemos á dar las gracias por cada catástrofe geológica que no nos ha alcanzado, no tendríamos tiempo ni para rascarnos.

Y ahora una pregunta:

Si los españoles hemos dado anualmente las gracias á Dios por habernos librado del temblor de tierra en 1755, ¿qué es lo que deberían haber hecho los portugueses durante ese tiempo?

Vengan teólogos á probarme que no han debido hacer lo contrario que nosotros.

LA GUERRA Y LA SATIRA

Los perros en el ejército alemán

He aquí una crónica del espiritual Aureliano Schoil, escrita en Mayo de 1887 y dedicada á los primeros ensayos hechos en Alemania para ocupar á los perros en la guerra:

«En su ardiente deseo de asegurar la paz universal, Alemania arma hasta á los animales. Acaba de construir ahora sus primeros cuarteles para los perros.

Los perros son los hulanos del porvenir. Llevados á la vanguardia serán como exploradores en todas las direcciones. Los que ofrezcan muestras de una superior inteligencia serán elevados á la dignidad de espías. La primera revista de perros tendrá lugar en Berlín en 1 de Junio próximo: 30.000 perros armados hasta los dientes desfilarán ante el general Waldersee. Dos regimientos de canes, una división del 2.º de «bull-dogs» de infantería, tres batallones de perros de agua, y el 2.º regimiento de gozquecillos imperiales tomarán parte en esta revista.

Los perros de más de siete años pertenecerán al ejército territorial. Su uniforme se compondrá de un collar con los colores de Prusia. Todos los perros que tengan la cola enroscada en forma de trompeta se incorporarán á las bandas de música.

El Imperio se ocupa en estos momentos de la movilización de los perros. En furgones especiales son conducidos hasta la frontera. Un Cuerpo de 6.000 terranovas formará la guarnición de Strasburgo; 3.000 daneses guarnecen ya Metz. Es un lógico motivo de tristeza ver daneses al servicio de Prusia; pero nos podemos consolar pensando que son del Schleswig y que sufren el destino de todos los vencidos. (Alusión á las tierras dinamarquesas expoliadas por Alemania.)

Es un hecho reconocido que los

perros son accesibles á la vanidad, de tal modo, que se agita la grave cuestión de saber si debe condecorárseles. La Comisión militar se ha pronunciado por la afirmativa; pero con el fin de evitar lamentables confusiones se fundará una orden especial del «Mérito canino», consistente en una medalla sujeta al collar por una cinta azul con rayas amarillas; en el anverso de la medalla, un hueso de chuleta esmaltado de rojo, y en el reverso, una inscripción: «Honor y empanada».

El general Lapenstein, á quien se debe la idea de esta Orden originalísima, ha hecho observar en su informe que si se admitía á los perros, como á los demás prusianos, en la orden del Cisne, del Aguila Roja y de la Cruz de Hierro, podría darse el caso de que al regreso de una campaña un perro fuese oficial de la Orden en que su amo no fuese más que caballero. Su amo, herido en su amor propio, apelaría á su superior para vengarse.

Al efecto, los perros militares se alojarán, en tiempos de paz, en casa de sus dueños; pero serán numerados y requisicionados, como los caballos, cuando sea necesario.

La Comisión ha adoptado para los perros el servicio militar durante tres años. Cada seis meses los perros harán un servicio de instrucción durante trece días y se les enviará después á sus hogares. Es lamentable que por un rigor aristocrático de la ley prusiana un perro no pueda pasar del grado de suboficial. Los grados superiores se reservan á la nobleza.»

UN JUICIO DE MAX NORDAU

El candelabro de los siete brazos

He aquí un libro cuya lectura ha hecho en mi ánimo profunda impresión.

De lamentar es que su autor, R. Cansinos-Assens, no haya hecho una verdadera obra de arte. Porque los sentimientos que allí se expresan merecían haber revestido una forma que les asegurase la perennidad, es decir, la rima, ó bien la textura de una creación orgánica, de un relato épico, de una novela de confesiones subjetivas, por el estilo de *Werther*, *Adolfo* ó *La educación sentimental*. El autor ha preferido—y es lástima—trazar una serie de notas aforísticas. Este procedimiento es más cómodo y sencillo. Pero cuando se es joven, como el autor de este *Candelabro*, y se tienen tantas cosas bellas, nuevas y personales que decir, no hay que ir en busca de lo fácil, antes hay que huir de ello.

Esto aparte, se advierte en todo

el libro que su autor ha padecido en alto grado la influencia de Nietzsche. Encuéntrase, en efecto, en el libro el ritmo artificioso, la nebulosidad mística, el simbolismo constante, el lirismo profético, las asociaciones caprichosas de ideas de *Así hablaba Zaratustra*. Conocido es mi modo de pensar sobre esta manera literaria y sobre Nietzsche en general. Me explico, sin embargo, el contagio que ejerce sobre la juvenil generación a que el autor pertenece. ¿Qué hemos de hacerle! No es posible sustraerse á las influencias morbosas, y no morbosas, de su tiempo, á menos de estar inmunizado contra ellas por una vacuna energética. Cansinos-Assens no estaba en este caso.

Pero si dejamos aparte la forma para fijarnos en el fondo, hay que reconocer en el autor de este libro sensibilidad delicada, imaginación original y fecunda y una concepción de la vida exquisitamente poética.

Sus aires de desencantado, su melancolía, que raya en desesperación, son una actitud; todo eso es byronismo rezagado, de 1830, modernizado apenas. Pero campea en el libro una sensualidad sana, hermosa, noble, y nunca, por atrevido que su autor se muestre, llega á la bajez ni al cinismo. Cansinos-Assens sabe sublimar el deseo. Y algunas de las cosas que dice, cuando canta á la joven, á la mujer formada y aun á la anciana, son de las más tiernas y delicadas que el otro sexo haya inspirado á los poetas.

El candelabro de los siete brazos es un libro que proporciona un verdadero placer intelectual y por el cual puede augurarse á su autor un glorioso porvenir literario.

MAX NORDAU

Es natural

De los *Apuntes de la Vida parlamentaria* que firma Tartarín en *España Nueva*:

«Los señores reformistas han adoptado un acuerdo gravísimo. La guerra europea conmueve al mundo. Llegan hasta aquí las salpicaduras de la tragedia. Los emigrantes piden pan. El comercio está paralizado. Hay que preocuparse de la situación, buscar los medios de evitar la catástrofe que puede amenazarnos, prevenirse contra peligros que parecen cercanos.

¡Ah! Pero los reformistas vigilan. Cada palpitación del país encuentra eco en sus corazonas. Vienen á la política como una fuerza nueva. Quieren trastornarlo todo, modificarlo todo, revolucionarlo todo. Hay que concluir con las rutinas, con los formalismos, con las viejas prácticas

cas de la adulación y de la cortesanía. Es como un raudal de roja sangre vigorosa que va á correr por las venas de este organismo carcomido y ruinoso que se llama «Política.»

La minoría parlamentaria del partido reformista ha acordado, en su reunión de hoy, testimoniar su duelo por la gloriosa muerte del príncipe Mauricio de Battemberg, hermano de la reina de España, y enviar tarjetas á la Embajada inglesa.»

Es natural. Todos los que abandonan una idea, necesitan exagerar la que adoptan para que no los crean unos traidores.

La baraja del soldado

Aunque muchos de nuestros lectores conocerán el documento que á continuación insertamos, por haberse publicado á raíz de la pérdida de nuestras colonias, lo hacemos hoy por curiosidad, considerando que difícilmente podrá encontrarse un certificado más famoso entre los expedientes militares.

He aquí el certificado en que consta la solución del proceso seguido contra el soldado, que no debía tener pelo de tonto.

«Certifico: Que en el folio 31 del libro de Expedientes, hay un dictamen que dice así: Que estando el domingo 6 de Abril de 1870 oyendo misa la fuerza de este batallón, observó el sargento primero de la segunda compañía que mientras se celebraba el Santo Sacrificio, un soldado tenía una baraja en las manos y la repasaba con la mayor atención, por cuyo motivo á la llegada de la fuerza al cuartel fué conducido al calabozo el soldado de referencia y se dió parte por escrito al jefe del cuerpo; é informado el señor teniente coronel del delito del soldado dispuso la formación del expediente, nombrando, al efecto, fiscal al señor ayudante.

«Constituido el tribunal que haba de juzgarle en el cuarto de banderas, fué conducido el acusado á su presencia; y preguntados sus nombres, patria, religión, estado y ejercicios, dijo llamarse Andrés Espinosa Moltero, natural de Logroño, su religión la Católica Apostólica Romana, soltero y perteneciente al batallón cazadores de Bailén número 1, segunda compañía. Preguntado por qué siendo cristiano, como dice, en vez de estar oyendo misa con devoción había sacado una baraja y se entretenía en repasar las cartas, dijo: «Que careciendo de rosario había ideado sustituirlo con la baraja, para con sus distintas cartas poder meditar mejor sobre los diversos misterios de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo.»

Preguntado: Explíquese y diga cómo medita en la baraja tan sagrados misterios, dijo: «Contemplaba empezando por los ases: en el de bastos, la columna donde amarraron al Señor. En el de espadas, cuando San Pedro cortó la oreja á Malco. En el de copas, cuando le presentaron en una la hiel y vinagre, y en el de oros, consideraba el ósculo de paz, que dió Judas al Redentor, al entregarlo. En los cuatro doses, los ocho verdugos que azotaron al Señor. En el tres de bastos, los cordeles con que fué arrastrado. En el tres de espadas, contemplo los tres clavos con que fué clavado en la cruz. En el tres de copas, medito las tres personas de la Santísima Trinidad. En el tres de oros, contemplo los treinta dineros con que vendió Judas al Señor. El cuatro de copas me representa cuatro santos, que son: Santo Tomás, Santo Domingo, Santo Tomé y Santo Toribio. En el cuatro de bastos, considero los Doctores de la Ley y en el cuatro de espadas, me represento los cuatro Evangelistas que fueron á predicar en las cuatro partes del mundo.

Al contemplar el cuatro de oros y cinco de espadas, me hace meditar en los nueve misterios gloriosos de María Santísima.

«El cinco de bastos en igual número de dolores que sufrió la madre de Jesús; y el cinco de oros, me representa las cinco llagas del Redentor; como igualmente el de copas me lleva á considerar hasta qué grado tuvo que apurar nuestro Redentor el cáliz de la amargura. En los seises de bastos y espadas considero á los doce Apóstoles. En el siete de copas considero los Sacramentos de la Iglesia. En el de espadas, me represento los siete dolores que traspasaron el corazón de la Virgen; y el siete de oros, los siete pecados capitales. Las sotas de copas, espadas y bastos, me representan las tres Marías; y el caballo de espadas, el judío que dió la lanzada. Los caballos de copas, oros y bastos se me figuran los tres Reyes que vinieron de Oriente; y en los cuatro Reyes contemplo las cuatro columnas del templo de Salomón.»

«Preguntado: ¿Cómo todas las cartas tienen su significación menos la sota de oros? Dijo: Que como se parecía á su sargento primero, que fué quien dió parte de él, no la había querido mezclar en tan sagrados misterios.»

«Y con esto terminó su declaración, siendo en el acto absuelto de culpa y agraciado por los jefes del batallón con tres meses de licencia temporal y dos pagas en concepto de gratificación.»

«Habana 27 de Abril de 1870.—Conforme. El teniente coronel, primer jefe, Suarez Argudín. Es copia del

Boletín de Justicia Militar del 15 de Noviembre de 1897.

Los rubores de fray Camilo

Fray Camilo era un magnífico y orondo padre capuchino, modelo de varones, excelente orador y enemigo de las mujeres. Sábese que en sus mocedades corrió varias aventuras amorosas bastante íntimas y, harto de sufrir desengaños (no hay mujer que no proporcione alguno, ora moral, ora de los otros), decidió retirarse á la vida monástica y poner punto final á los extravíos de la carne.

Y en efecto: durante varios años fray Camilo no consintió en desnudarse donde hubiera luz, por miedo á recordar los tiempos en que se desnudaba de muy distinta manera. Su corrección y su honestidad llegaron á ser el ejemplo de todo el convento.

Pero ¡ay! el hombre propone y el Señor dispone, y fray Camilo tuvo su momento débil, en el que se olvidó de la corrección, de los desengaños y sustos que las mujeres dan y de otras muchas cosas de las que tenía sobrados motivos para no olvidarse nunca.

Figuraos, amantísimos lectores, que cierta mañana presentóse junto á la reja del confesonario donde el padre Camilo ejercía á diario de pastor de almas, una hermosa hembra, oscilante entre los veinticinco y treinta, viuda, según ella dijo después, y mejor predispuesta á los deleites de la vida mundana que á la dormilona y aburrida paz del claustro.

—¡Ay, padre—empezó diciendo la dama;—necesito desahogarme y pido á vuestra paternidad permiso para ello.

—Concedido, hija mía—contestó fray Camilo;—desahóguese cuanto guste.

—Muchas gracias. Pues me sucede que soy viuda y que, aunque juré á mi difunto esposo fidelidad absoluta, me es imposible guardársela, por lo menos imaginativamente.

—Eso es grave, hija mía.

—¡Y tan grave! No lo sabe bien vuestra paternidad.

—Veamos. ¿Qué le sucede?

—Que me acuerdo de lo mucho que mi esposo me quería y no me puedo acostumbrar á que no me quiera nadie.

—Haga penitencia.

—Todos los días me dispongo á ello, pero apenas empiezo á rezar, veo junto á mí una sombra negra, que debe ser el diablo, y como empieza á decirme cosas al oído, no tengo más remedio que suspender el rezo... Después...

—Bien, está bien; no prosiga. Ya me figuro...

—Y desearía que vuestra paternidad fuese á bendecir mi casa y á ponerla en condiciones de impedir el paso á toda visión tentadora.

—Peliagudo es lo que usted me propone, hija mía, pues no sé si mi pecadora persona tendrá influencia para tanto. En fin, procuraré complacer á usted. ¿Cuándo quiere que vaya?

—Lo más pronto posible. Mañana... ¡porque si supiera vuestra paternidad, qué miedo me causan esas visiones! Como siempre estoy sola...

—Sí, la soledad es lo peor.

Al día siguiente, á eso de las ocho de la mañana, presentóse en casa de la viuda

fray Camilo, seguido de un monaguillo con agua bendita. La dama estaba ya vestida y rogó al padre que pasase á su dormitorio, en el que todavía se notaba ese ambiente cálido y perfumado de las alcobas femeniles, mejor dicho, de las alcobas donde duermen mujeres jóvenes, bellas y aficionadas al arte de agradar.

Fray Camilo se detuvo en la puerta. ¿Entraría? ¿No entraría? Al cabo hizo un esfuerzo y entró. Después de todo, él iba allí en calidad de enemigo del demonio y de ángel guardián de la virtud, y debía librar la batalla cara á cara.

—¿En qué lugar se le aparece á usted la diabólica visión con más frecuencia?

—Aquí—contestó la viuda, señalando con su bonita mano una *chaise longue*.

—En efecto, me parece un sitio sumamente adecuado para las visiones—contestó el padre, tomando de las manos del monaguillo la vasija del agua bendita y haciéndole una seña para que saliera de la habitación.

Hubo un rato de silencio, durante el cual parecía meditar el padre. La viuda temblaba, y á causa sin duda del temblor se le desabrochó la bata que cubría sus desnudeces, dejando ver algo que no movía, ciertamente, á unción mística.

Fray Camilo se quedó perplejo y sin saber qué partido tomar. Pero se repuso súbitamente, roció la *chaise longue*, roció á la viuda con el agua bendita, rezó, y aquel día por lo menos no apareció por allí la visión tentadora.

—¡Ay, padre!—dijo al siguiente día la dama arrodillada junto al confesonario—¡qué gran favor me hizo vuestra paternidad! Si tuviera á bien volver mañana...

Volvió fray Camilo un día y otro á prevenir á la viuda contra sus visiones, y al cabo las visiones desaparecieron. Lo malo fué... que el pobre padre acabó por desnudarse con luz dolorosamente resignado. Ya no tenía por qué ruborizarse,

J. MENÉNDEZ AGUSTY

La Roma pontificia

Opiniones de varones célebres sobre ella: Ya en el siglo XIV decía Alvaro Pelagio en su obra *Del llanto de la Iglesia*:

«Todos van llevando su oro á la curia romana y tomando de ella plomo (aludía al de los sellos que colgaban de las bulas y al poco valor de las gracias á tanto precio vendidas), y más pesa el oro que se da por plomo, que el plomo mismo...»

«Pocos llegan al Papa sin pagar; ninguno entra hoy allí en calidad de pobre; clamará, pero no será oído, porque no tiene que dar.»

«Mal conoce á Roma quien pretende sanarla, decía el insigne religioso dominico, fray Melchor Cano, obispo de Canarias, en su *Parecer* al emperador Carlos V. Enferma de muchos años, entrada la calentura en sus huesos, su mal no sufre remedio.»

Y pocos párrafos más adelante señala este remedio á las desdichas que nos causara: «...Que ni por cambio, ni por otra manera: directa ni indirectamente, vayan dineros de los reynos de V. M. á Roma; es cosa muy justa.» Este era el grito universal del mundo cristiano, harto ya de exacciones.

San Luis, rey de Francia, había prohibido pagar tributos á Roma.

Enrique III hizo embargar por el Estado, á instancias de las Cortes, todas las rentas y pensiones que se daban á la curia romana, y en todas partes había quejas de los obispos, del clero, de las Corporaciones, Municipios, Cortes y Parlamentos contra el río de oro que salía de los pueblos para Roma.

Cuán grande y caudaloso sería, lo demuestra un hecho citado por Melchor de Macanáz, en su *Informe al Consejo de Castilla* (1713). Habiendo estado interrumpido el comercio de Roma en España, cuando el rey permitió que fuese restablecido, los ministros avisaron asustados, que de sólo el arzoobispado de Sevilla habían entrado en Roma, en dos meses, ¡más de OCHOCIENTOS MIL DUCADOS DE ORO!

Los papas habían ido introduciendo en todas las naciones los motivos más peregrinos de exacciones y gabelas exorbitantes. Paulo III fué el que logró deslizar en España las llamadas *reservas* ó destinos eclesiásticos, que el Papa se reservaba proveer, gravar sus sueldos y cobrar los que devengaban mientras permanecían vacantes.

Desde 1537 los Nuncios empezaron á ejercer jurisdicción y á cobrar muchas clases de exacciones. La enumeración de todas y su explicación ocuparía muy largo espacio, pero como una muestra, vayan aquí los nombres de las principales.

Roma cobraba enormes derechos de *canonatas*, *quinquenios*, *bancarias*, *casaciones*, *fábrica de San Pedro*, *componendas*, *reducciones*, *revocaciones*, *regresos*, *espectativas*, *mandatos de proveer*, *coadjutorías*, *pensiones*, *caballeratos*, *derechos de bendecir*, *salarios*, *angavias*, *procuraciones*, *equivalentes*, *propinas*, *comunes*, *minutos*, *servicios*, *espacios*, *vacantes*, *tercias*, *décimas*, *contribuciones honestas*, *socorros cristianos*, *encomiendas de monasterio*, *administración de obispos*, *secularizaciones*, *uniones*, *desmembraciones*, *dispensaciones*, *resignaciones in favorem*, *vacaciones in curia*, *ofecciones*, *subsídios*, *excusados*, *gracias*, *millones* y otras, sin contar las dispensas matrimoniales y de todo género, las bulas, los derechos de la nunciatura, los donativos particulares, los legados, las contribuciones que daban los frailes sacándolas, es claro, al pueblo, los regatos regios y los extraordinarios.

«Los inconvenientes, dice el obispo de Córdoba, D. Francisco Solís, en su *Dictamen sobre abusos de la corte romana* (1709) que introdujo la colación de los obispos que se abrogó la corte de Roma, se lloraron en la cristiandad con lágrimas de sangre... Unos anzuelos de plomo (los sellos de las bulas) sirven á la Dataria para introducir el oro del siglo en los tesoros de Roma. Antes de descubrirse el Nuevo Mundo, cuando el oro era rarísimo, y un millón importaba más que seis ahora, (1709), los obispos franceses que reclamaron en el Concilio de Constanza en nombre de su nación, calcularon que sólo las vacantes de prelaturas y beneficios del reino de Francia producían cada año á Roma 200.000 francos, y hecho el cómputo de las demás naciones, daban cada seis años 6.977.500 florines de oro.»

Y añade refiriéndose á España y á su tiempo:

«Esta abusiva conducta produce un gravísimo perjuicio á los pobres, hospitales y lugares pios... siendo materia de poquísimo ejemplo que los vicarios de Cristo (los Papas) quiten el pan de las manos á los necesitados.»

«Los obispos entrando (al serlo) empeñados con el excesivo gasto de bulas, que suelen superar á la renta de un año ó de dos, la tercera parte de reservas, décimas, frutos de mesa, carga de subsidio, y del *excusado*, y otras que comunican al clero, no pueden atender á los pobres.»

Estos eran los malos tiempos para Roma en los que sacaría de aquí sus doce millones anuales ó más. ¿Qué no sacará ahora que los tiempos para ella son buenos cuando lo fueron? No puede calcularse.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS
MOZERRAT, 7. —MADRID.